

LA RECETA DEL HOGAR

Sería difícil negar que la sociedad actual haya sido partícipe de las nuevas consideraciones aplicadas a los términos de ritual y de rito. Como sabemos, lo que en un principio se refería a dos símiles para ofrecer el mismo significado con el objetivo de señalar a un tipo de prácticas devocionales, ahora nos percatamos de que en las últimas décadas ambas nociones se fueron bifurcando la una de la otra, además de perder su sacralidad inicial, para adquirir connotaciones diferentes que permiten acceder a otras más humanas, y así revalorizar aspectos de la vida que no habían sido tomados con suficiente consideración. El ritual y el rito vehiculaban (y en realidad, hoy día continúan haciéndolo) aquella congregación hacia el culto, la ceremonia, o la liturgia. En definitiva, se refiere a experiencias religiosas inscritas a manifestaciones de un talante específico, tales como la conmemoración-memoria o la adulación, como también se adscriben a una serie de pautas que otorgan todo el sentido a lo presente. Hablamos de una suerte de mecanismo simbólico de la sociedad que, como alude Pedro Gómez García, «contribuye a la regeneración permanente o periódica de esa vida, a lo largo de las generaciones, mediante su repetición», depositando así un legado intergeneracional.

No quiere decirse que ambas nociones, ritual y rito, hayan perdido (no del todo) su esencia mitificadora. Puesto que la sigue habiendo. Pero sí es oportuno añadir que respecto al contenido inicial se ha producido cierta “banalización” del concepto que, y valga la redundancia, llega a concederles ese tal cariz que vinimos a definirle como más humano, incluso, me atrevo a denominarlo mundano en cuanto se refiere a los aspectos más terrenales y materiales en oposición a lo celestial y a lo espiritual. Es en esta cuestión en la que repara Ignacio Bosch a la hora de reflexionar sobre cuáles son los paradigmas dentro de un hogar en el tiempo de nuestra era, y de una inmediata precedente. Cae en la cuenta al observar que ritual y rito son dos palabras perfectas para definir lo que busca dentro de una familia. Puesto que en verdad no pierden su carácter sacro, sin embargo, ahora esa sacralidad se traslada a otros ámbitos más íntimos, privados, aunque dentro de la misma sociedad. No obstante, principalmente concierne al hogar y a su circunstancia, ritual y rito tienen el interés de dar mayor sentido a un panorama de vivencias familiares que verdaderamente se nos hace inefable:

El ritual. Quisiera tomarme una pequeña licencia citando a nuestro estimado José Ortega y Gasset, en tanto su célebre expresión nos decía “yo soy yo y mi circunstancia, y si no le salvo a ella no me salvo a mí”, queriendo aludir a la vida misma compuesta por dos ingredientes; por un lado, el uno mismo, el *yo*; pero, sin el ingrediente *otro*, refiriéndose a la circunstancia con la cual apunta al trabajo, a las amistades, y, en especial a la familia, no se completa la olla en su guiso. De este modo, el hogar, como punto donde confluyen todos los elementos anteriormente citados, se traduce como nuestra circunstancia, por lo que de alguna manera queda implícita la conversión hacia lo ritual, ya que se convierte en lo más relevante, sagrado, y por antonomasia, nos lleva a hacer venerable algo a lo que nosotros mismos no dábamos importancia; la cotidianidad. Aquel síntoma humano encaminado entre lo positivo y lo negativo de la vida. Así entonces, la forma en que actuamos a diario se inserta en la circunstancia, luego, posee un significado ritual, y como todo ritual, tiene como fin un interés integral, ya sea religioso, o sea secular, y en este caso, hablamos de cotidianidad. Pero no es un fenómeno fácilmente accesible, pues para poder integrarse por completo, y participar de este juego, hay que realizar un esfuerzo de persistencia que paulatinamente vaya estableciendo un ritmo con el que adaptarnos a las condiciones rutinarias. En principio, la manera más óptima sería echar mano a las herramientas del panel transcendental con la idea de ayudarnos en la cadena continua de acciones pautadas, repetitivas, hasta finalmente llegar a completar el **Ritual de la vida**. Al caso, y a diferencia

del rito, que señala a un único momento casi sin más variaciones que ello mismo, el ritual, como decíamos, está compuesto por un proceso de acciones, y en cuanto al hogar en tanto cuerpo material, podemos concebirlo como un tablero donde cada día se mueve una ficha, que en definitiva, siempre será la misma para no alterar la partida. En este sentido, de la misma forma que equivocarse en el trascurso del juego sería causa de detener los pasos posteriores, efectuar uno en balde en la cotidianidad podría echar todo a perder, y sería el motivo que desvirtuaría la realidad circundante de la persona. Por otra parte, a la hora de poner en marcha esta serie de movimientos enmarcados en el día a día, hemos de ser consciente de varios aspectos que condicionan a cada rol: mis sentimientos, mis necesidades como individuo, y mis deberes. Son los tres ejes que guían el carácter primario de la vida, pues obedecen a: primero, el amor que se procesa hacia los que te rodean (padres, pareja, hijos); segundo, respeta a un ritual todavía más íntimo, correspondiente al elemento individual, y, digamos, caracterizado por el aspecto egoísta del propio ser humano, lo que en ocasiones obliga a mirar hacia sí mismo para contemplar el espacio personal. Incluso, en el caso de ser violado por otro factor externo, podría ser la causa de alterar esta línea de fina continuidad de la que estamos hablando; por último, y quizá con mayor preeminencia que las demás, dado a ser el elemento que posibilita a los dos anteriores, se refiere a los quehaceres, en el sentido de las obligaciones como por ejemplo podría ser “trabajar para vivir”.

El rito. Nos referimos al acontecimiento, es decir, al momento. Y si retomamos la receta que se estaba exponiendo en el apartado del ritual, en cuanto al *yo* y la *circunstancia* como ingredientes del guiso, en este caso el rito es el aroma en polvo que da sabor al caldo. No quiere decir- se que sea necesario utilizarlo, pues se puede comer/vivir sin el añadido. Pero por supuesto, el plato/la vida no se experimenta de la misma forma que si ausentamos ese espolvoreado. Por ello, el rito se refiere a un suceso clave, que fácilmente puede darse de forma anual, o pasado un lustro, inclusive una década... motivo que le permite guardar la esencia de exclusividad. De ahí que goce de la mayor relevancia en cuanto en derredor de la unidad social, por encima del sentido que damos al ritual, pues el rito apunta hacia lo simbólico conformado por el momento meditado, y no por un proceso rutinario que se acaba convirtiendo en mecánico y monótono. Finalmente, a lo que sería la cotidianidad. El rito se ha convertido en aquel “soplo” de la vida misma, ya que es fugaz, y obliga a una preparación previa para mayor provecho. Por lo general, desde la colectividad y para la colectividad, cuyo síntoma nos revela la condición de supremacía que aquí le estamos concediendo: No (o poca) repetición, proceso muy cuidado, en comunidad, y de corta duración.

Por lo explicado, a priori todo ser humano se encuentra impelido hacia el rito con mayor ímpetu que a la hora de practicar la ritualidad cotidiana, en tanto que aquel momento aporta el valor supremo de la congregación en cuanto a una suerte de celebración: una fiesta que nada se puede dar en el día a día. Por supuesto, como todo hecho al que le otorgamos cierta relevancia, también hablamos de pautas. Aunque en este caso no suelen ser tan flexibles como el ritual. Lo que quiere decirse que cada interventor tiene su papel, en un rol aún más rígido que el desplegado en la cotidianidad. Un motivo que nos muestra al rito como un acto mucho más elaborado, meticuloso en la urdimbre que lo sujeta, y articulado por gestos concretos, que en ocasiones son desplegados por miembros cualificados. Para concluir, de todos los ritos abarcables, *La matanza del cerdo* en Mallorca es para Ignacio Bosch uno de los más importantes. Recuerda, según nos cuenta, que siendo un chiquillo se levantó a tempranas horas de la mañana un día cualquiera, para montarse en el coche de familia y llegar a “tierra de nadie”, donde desconocía tanto la escena, como a sus intérpretes. Se trataba de una finca, es decir, de una propiedad privada. Pero... era tal la

unión entre aquellas personas allí congregadas, que la privacidad se desvanecía para situarse en lo público: todo era de todos, porque todos parecían ser un todo, y no un uno sólo. Gracias a esta condición que nos ofrece Ignacio para comprender su propio rito, no en balde Equipo Coma recorrió las calles del pueblecito de Alaró, donde de una menara muy entrañable se hallaron las historias más acogedoras en cuanto a lo relatado, para lo que escuchamos con repetición: “La matanza... esa fiesta no se cuenta, ha de vivirse”. Fue en aquel momento cuando entendimos que las palabras son insuficientes como para entender la circunstancia a la que nos exponíamos: en verdad, todo rito es *inefable*.

Pedro José Trujillo